

Historia de una primera navegación

Por Yazmín Bandala

Todos los hombres serán navegantes hasta que el mar los libere
Leonard Cohen, *Suzanne*

Las historias y poemas de este libro fueron llegando a mí, uno por uno, como botellas que después de un largo viaje son depositadas en la playa por la marea, a la espera de que alguien lea el mensaje que guardan en su interior. Palabras que llegan impregnadas de distancia, y a través de las cuales es posible escuchar aún los elementos del agua y el aire que las fueron guiando hacia nosotros, tal como los textos que integran este libro y que Rogelio me hizo llegar; primero, como relatos y poemas que más que ser textos en espera de ser corregidos y evaluados, fueron compartidos. Posteriormente, una vez que Rogelio ingresó a la carrera de Filosofía, siguió haciéndome llegar nuevas creaciones a través de la marea electrónica, con lo cual, esta actividad de compartir continuó, hasta que finalmente un día tocamos puerto: esos relatos y poemas estaban al fin listos para ser publicados. Me considero afortunada y honrada por haber sido a la vez testigo y parte indirecta del proceso por el cual estos textos se han ido transmutando hasta alcanzar su forma más tangible

Ahora bien, me gustaría detenerme en este punto para reflexionar brevemente respecto a este último elemento: el libro. El proceso por el que un libro va adquiriendo el carácter como tal, suele ser visto desde el exterior, un punto a oscuras y muchas veces ignorado, tal como aquellas personas que ayudan al autor a materializar su obra permanecen en la sombra. Además del autor, son múltiples las manos, los ojos y los saberes de quienes intervienen en la creación de un solo libro. Para quienes vivimos de cerca este proceso por

intervenir directa e indirectamente en él, sabemos de sobra que éste dista mucho de ser algo sencillo, rápido y breve; por el contrario, se caracteriza por ser lento y muchas veces doloroso, puesto que implica tomar decisiones nada fáciles, particularmente para el mismo autor quien se ve obligado a releer, descartar, añadir, reescribir, y también por las decisiones que los demás trabajadores del libro asumen y que afectan en mayor o menor medida la publicación y edición de una obra.

Los términos *publicar* y *editar* nos ofrecen una diferencia de significado importante. Sin embargo, ambos verbos, al menos dentro del idioma español, son usados, cotidiana e indistintamente para hablar de procesos diferentes.

De acuerdo a las definiciones que nos presentan los diccionarios normativos de la lengua española, la actividad de editar implica no sólo el hecho de publicar una obra, sea ésta un libro, periódico, folleto, etcétera. También se refiere a financiar y administrar el proceso de publicación, así como adaptar un texto a determinadas normas de estilo con el fin de darle coherencia en contenido y forma a éste. Publicar, en tanto, se relaciona generalmente con difundir y hacer público cualquier asunto, noticia, hecho, etcétera; en términos más específicos, con difundir éste a través de un impreso o cualquier otro procedimiento. Aparentemente, la edición se vincula a procesos más bien intelectuales, en tanto que la edición a cuestiones más prácticas.

Si buscamos ahondar aun más en estos dos términos, el estudioso del libro, Roger Escarpit, en su obra *La revolución del libro*, desprende otras implicaciones etimológicas: “‘Editar’ del latín *edere*, es literalmente echar al mundo, dar a luz. ‘Publicar’, del latín *publicare*, es exponer en la plaza pública,

a disposición de los transeúntes anónimos. La edición es para la obra; la publicación es para el lector desconocido.”

¿A qué se debe esta digresión hacia dos términos más bien técnicos? A que este libro no sólo es fruto de la creación literaria, puesto que Rogelio también extendió su intervención hasta la edición y publicación de su primer libro. Y por ello, creo que este es un doble motivo para congratularnos hoy en la presentación de un libro que representa no sólo la culminación de un proceso creativo, sino también, un esfuerzo valiente ante el desolador panorama que se presenta ante los creadores, jóvenes y veteranos, quienes no encuentran cabida en los programas oficiales supuestamente destinados a encauzar su esfuerzo, en las becas y premios repartidos a cuentagotas en medio de dudosos criterios, o lo que es más grave aún, en el ámbito editorial.

No pretendo descubrir para ustedes el hilo negro del asunto, pero estas perogrulladas adquieren proporciones francamente catastróficas cuando constatamos directamente, sin necesidad de encuestas o informes burocráticos, la ausencia de una cultura de la lectura, si se me permite emplear dicho término. Y en contraparte, cuando advertimos el discurso oficial ante este problema y sus paliativos, no se puede dejar de advertir con amarga ironía lo mucho que nos separa la mega biblioteca José Vasconcelos, con todo y mega problemas pero sin sus mega lectores, de aquella cruzada cultural y educativa que emprendiera el mismo Vasconcelos hace casi 90 años. Es preocupante pensar en la falta de lectores, como también debería ser preocupante pensar en el lector que no encuentra nuevas voces, nuevas propuestas que renueven el panorama de sus lecturas, porque éstas no pueden llegar a él.

Queridos editores, académicos, críticos y funcionarios: el camino hacia el país de los lectores es también el camino donde navegan los autores. Es un error considerarlos como vías diferentes y separadas.

Retomemos de nuevo la obra de Rogelio y su materialización. Como dije antes, al volver tangible una obra nos enfrentamos a un proceso nada sencillo, antes bien, todo lo contrario. Rogelio con su paciencia y buen humor dirigió este viaje por rutas seguras aunque no exentas de uno que otro contratiempo, aunque ninguno tan tremendo que no pudiera ser superado. Sirenas, *krakens*, serpientes marinas y leviatanes también nos salieron al paso pero al ser sosegados convenientemente nos dejaron continuar el viaje en paz. En medio de los temporales y de la calma chicha Rogelio siempre se mostró receptivo a todas las sugerencias y observaciones que le hice llegar, así como las que fueron surgiendo a medida que releímos y repasamos todos y cada una de las obras que lo componen en su forma actual.

Finalmente, no puedo dejar de reconocer su paciencia que se sobrepuso a mis diletancias así como agradecerle por esta experiencia enriquecedora en más de un sentido; por hacerme partícipe de esta navegación conjunta, emprendida con entusiasmo y amor, como son, como siempre deberían ser, los actos de escribir, editar y publicar.

Ante nosotros se despliega el mapa de una *Segunda navegación*. La primera como narra el autor en su texto introductorio, fue emprendida hace tiempo a través del teatro de sombras donde se juega a ser un poco el demiurgo, un poco el protagonista; creador y espía. Conjunción de sombras e imaginación que saltan de una cajita y una vela, implementos necesarios para la confección de una linterna mágica marca *Hágalo usted mismo*, al espacio de

las palabras que navegan entre tinta y papel. En este punto de partida nos muestra los puntos cardinales que configuran su propia rosa de los vientos: sombra y luz que dividen los relatos y poemas que integran esta obra: Travesías emprendidas por prestidigitadores cuya alquimia transmuta las liebres del sombrero; el insomnio como rebelión; las travesías emprendidas a través del sueño; las visiones del poeta y del gitano; la mujer que es una tierra dormida como la lluvia depositada en sus ojos; la bala que trunca la trayectoria errante de los amantes, los cometas unidos como dióscuros estelares. Fantasmas corpóreos convocados por el amor y el desamor.

Deseo terminar esta intervención con palabras de buena suerte para Rogelio en espera de ver lo que nos traerá en su siguiente navegación a través de nuevos mares y territorios que seguramente ya ha comenzado a explorar.

Rogelio: Buena suerte y que este viaje sea largo y fecundo, pues has encontrado un punto de referencia para no perderte ni extraviar buena ruta: tu facultad para encontrar el germen creador dentro del hálito más tenue de luz.

México, D.F., junio de 2008.